

Prof. Osvaldo Rodríguez

En 1554 se publica en Burgos, Amberes y Alcalá de Henares el relato del autor anónimo con que se inicia la serie textual picaresca. *La vida del Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* da forma literaria a un tipo de narración folklórica centrada en el personaje pícaro.

Sea o no efectivo que la edición de 1554 de *El Lazarillo de Tormes* es el resultado de una serie de reelaboraciones, lo cierto es que en ese año se fija la palabra escrita y en la forma autobiográfica, la peripecia vital de un personaje cuyas aventuras y desventuras eran transmitidas oralmente.

La palabra escrita estaba reservada al relato de hechos "dignos" en la forma de historias de caballeros andantes, pastores enamorados o de musulmanes galantes y exóticos. A los antiguos poemas épicos de la tradición medieval les sucede la cortesanía de estas expresiones literarias renacentistas, que inscriben la peripecia del "héroe" en el marco ideal y mítico de las llamadas novelas de caballerías, pastoriles o moriscas. Por ello sorprende la aparición en 1554 de este relato que, junto con iniciar la serie textual picaresca, invierte los procedimientos narrativos propios de su época.

Las causas de esta transgresión son de diversa índole. No es el caso de estudiarlas aquí, puesto que además de ser de índole propiamente estéticas, responden a una distinta visión de la realidad, motivada por la vigencia de axiologías diferentes en una misma época. De acuerdo a ello la génesis de la novela picaresca ha sido estudiada desde un punto de vista histórico, sociológico e incluso psicológico. Tales inversiones nos llevarían más allá de un estudio propiamente literario, que nos apartaría de nuestro objetivo: el estudio de los procedimientos de construcción del texto picaresco.

El fenómeno literario existe como texto concreto, empíricamente comprobable a raíz de su aparición en 1554. Es una realidad también su incidencia en la gestación de un nuevo tipo de textos cuyo desarrollo, paradójicamente, se produce en la época siguiente: el siglo XVII, barroco español. Es efectivo también que la transgresión propiamente literaria que implicó su aparición en pleno Renacimiento le trajera consigo la prohibición del tribunal inquisitorial el año 1559 y que fuera publicada en 1573 por López Velasco en una edición expurgada.

De hecho el *Lazarillo* fue poco y mal conocido hasta las postrimerías del siglo XVI español. En 1599 una edición también expurgada de Madrid señala su éxito, el que coincide con la buena acogida que se le dispensa a la 1ª edición de *El Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán. Ambas novelas identifican un género literario, si consideramos como tal a un conjunto de obras históricamente aisladas, unidas por similares procedimientos de construcción y con una significación semejante.

Avaladas por la aceptación de esta nueva expresión narrativa, surge una serie de obras que constituirán un género bien acotado históricamente y literariamente. *La Vida de Marcos de Obregón* (1618) de Espinel, *El Buscón* (1621) de Quevedo, la *Vida de don Gregorio Guadaña* (1644) de Enriquez González, la *Vida de Estebanillo González* (1646) "hecha por el mismo", son novelas construidas desde la referencia textual de *El Lazarillo* cuyos procedimientos narrativos, codificados por *El Guzmán*, dan forma a este género literario.

Sin considerar la incidencia de la novela picaresca en el ámbito extrahispánico, particularmente en la literatura inglesa, su vigencia se proyecta, paradójicamente, en la literatura neoclásica del siglo XVIII español. Torres de Villarreal escribe su *Vida* (1743-1758) adaptando el estilo picaresco a la forma de

novela autobiográfica propia de esa época. Por supuesto que de una u otra época varía la significación y el mensaje del texto, pero se mantiene la forma en lo esencial, constituyendo un estereotipo literario.

De hecho, las aventuras y desventuras de Gabriel, el personaje de Benito Pérez Galdós en los *Episodios Nacionales*, nos remiten a aquella forma fija anquilosada en su estructura, pero susceptible de entrar en vigencia como portadora de una nueva significación. Del mismo modo, en pleno siglo XX, Camilo José Cela reactualiza el género con *La Familia de Pascual Duarte*. Cabe recordar también la presencia del género en hispanoamérica a partir de *El Periquillo Sarmiento*, de Lizardi en el siglo XIX.

En estas novelas, pertenecientes a distintas épocas, se reproducen los rasgos esenciales del género picaresco. Ello prueba, por una parte, su incidencia en el desarrollo de la literatura española y, por otra, su vigencia como forma literaria definida por rasgos bien determinados.

Tradicionalmente la crítica literaria ha tipificado a la novela picaresca en función del agente: las aventuras y desventuras de un muchacho (a) de baja condición que, motivado por el interés de cambiar de estatus, culmina con el fracaso de sus aspiraciones. Tal disposición de la historia inscribiría a este tipo de relatos en la llamada "literatura del desengaño barroco". Las acciones del agente serían obstruidas por un determinismo que encamina al personaje indefectiblemente a su degradación final, como si estuviese determinado por una suerte de destino trágico. Semejante a la peripecia del héroe griego el pícaro, al intentar trocar su destino, es condenado en su afán.

Uno de los rasgos más destacados de la novela picaresca es el carácter "autobiográfico" de la narración. La primera persona con que el narrador asume el discurso, hace del relato picaresco una exposición de las vicisitudes de un sujeto que se inicia en la vida del vicio y la desvergüenza como única vía de ascenso en una sociedad regida por desvalores como el vicio y el engaño. El pícaro cuenta la propia experiencia de su formación, su paso de inocencia a la malicia como testimonio personal de una degradación moral que lo excluye de la sociedad. Determinación prefijada por su origen.

También se ha tipificado a la novela picaresca como relato espacial, estructura básica determinada por el continuo desplazamiento del personaje. De este modo la condición del pícaro como personaje está en función de su continuo peregrinar. Su asentamiento implica la pérdida de tal condición, así como el amor anula el mito de Don Juan.

La forma autobiográfica, o mejor, pseudoautobiográfica como lo señala Del Monte (en tanto identidad narrador-personaje, distintos del autor) es un rasgo esencial de la novela picaresca. La explicación de la genealogía del pícaro, como marca determinante de su fracaso, también es una característica distintiva del género.

Considerando que la novela es una representación metafórica del mundo, el relato picaresco textualiza en la ficción la realidad de una sociedad degradada. El pícaro es así el símbolo de una visión sarcástica y polémica que impugna, con su experiencia, los valores que rigen su circunstancia. Así el "honor" resulta ser sólo apariencia tras una realidad de engaño; el "amor" es excluido como ideal; la "bondad" importa en cuanto al hombre "bueno" es útil a los propósitos particulares de un sujeto; el esfuerzo personal como vía de ascenso social está condenado al fracaso por determinación de la genealogía del personaje.

De acuerdo a esto la novela picaresca constituye un género particular de relatos, unidos por similares procedimientos de construcción a nivel de la historia y del discurso. La forma pseudoautobiográfica, la previa exposición de la genealogía del pícaro, el enfoque polémico y sarcástico del mundo, la dicotomía vicio/virtud como ejes temáticos, la dualidad apariencia/realidad, el proceso de aprendizaje en tanto paso de la ingenuidad a la astucia, la develación de una realidad tras la apariencia, están al

servicio de una representación metafórica degradada del mundo del vicio y de la deshonra. El personaje símbolo, agente y paciente del relato opera como modelo "no imitable", como ejemplo de lo que "no debe hacerse". Esto, en función de la disposición ejemplar que se le dio a estos relatos en la época barroca, disposición significativa que, a manera de las "novelas ejemplares" pretenden enseñar por su contrario lo que no debe hacerse.

Ello explica, en última instancia, la evasión final del pícaro, con las variantes del caso. La tenaz persistencia de Lázaro como personaje en no develar el engaño de que es objeto, la evasión del Guzmán al creer que se reivindica con la aclaración, la risa como medio de escape y ocultamiento de degradación, la huida física en última instancia como es el caso de *El Buscón* de Quevedo.

#### BIBLIOGRAFIA MINIMA

- DEL MONTE, Alberto.** *Itinerario de la novela picaresca*, Barcelona, Edit. Lumen, 1971.
- PRIETO, Antonio.** "De un símbolo, un signo y un síntoma" (Lázaro, Guzmán, Pablo), en, *Ensayo semiológico de sistemas literario*, Edit. Planeta; Barcelona, 1972, pp.13-65.
- AUBRUM, Charles.** "La miseria en España en los siglos XVI y XVII y la novela picaresca", en Roland Barthes y otros: *Literatura y Sociedad*, Barcelona, 2ª. ed., Martínez Roca, 1979, pp. 145-152.
- TALENS, Genaro.** *Novela picaresca y práctica de la transgresión*, Madrid, Edit., Júcar, 1975.
- MARAVALL, José A.** "La aspiración social del 'medro' en la novela picaresca", en *Cuadernos Hispanoamericanos 312*, Madrid, junio 1976, pp. 590-625.
- SALINAS, Pedro.** "El héroe literario y la novela picaresca", en *Ensayo de Lit. Hispánica*, ed. y prólogo de Juan Marechal, Madrid 1958, pp. 58-74.